



“Sean transformados mediante la renovación de su mente” ...qué implica en la espiritualidad paulina

(don Guido Gandolfo, SSP)

No hay duda de que el tema escogido para el próximo Capítulo general –“*Sean transformados mediante la renovación de su mente*” (Rom 12,2)– es particularmente oportuno. Más allá del fruto que se desea alcanzar –ser “artesanos de comunión para anunciar proféticamente el gozo del Evangelio en la cultura de la comunicación”– la exhortación de san Pablo tiene vigencia en cualquier ámbito.

Como puede notarse, para tal transformación –*metamorfosis* en el texto griego– el Apóstol usa la forma pasiva: es Dios quien nos transforma, quedando nosotros transformados. Se trata de una evolución que afecta ante todo a la mente, al modo de pensar; y es notorio que cuanto hay en nuestra mente antes o después pasa a la lengua y a las obras... ¡Qué bien entendió esto nuestro Fundador al dedicar al tema de la santificación de la mente un opúsculo específico, reafirmando repetidamente que el primer obsequio ofrecido a Dios tiene lugar en la mente: “la mente ocupa el primer puesto”!

¿Cómo aplicar el requerimiento del Apóstol a nuestra espiritualidad?

Ante todo tratando de conocer, ahondar, aprender y asimilar la propuesta espiritual-apostólica dada por el Fundador, vigorosamente sintetizada en el capítulo de *Abundantes divitiae* titulado “Espíritu paulino” (AD 93-100). Vamos a detener nuestra atención en la expresión “**Se busca la vida EN Cristo Maestro**” (AD 94).

Esta sintética indicación del Fundador resulta extraordinariamente rica de contenido y de aplicaciones. Es lo que más apremiaba al P. Alberione, y constituye el centro de nuestra espiritualidad: vivir-en-Cristo, hacer vivir a Cristo Jesús en toda nuestra persona, de modo que el propio Jesús sea el sujeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestras acciones, haciendo de nosotros una prolongación de Él mismo.

Secreto y síntesis del camino es el cualificado encuentro con Cristo: *todo* Él, Maestro Verdad y Camino y Vida, el Cristo completo “restaurando” la persona.

El P. Alberione presenta este dinamismo con la categoría de la *encarnación* de Jesucristo en el alma. Análogamente a lo acaecido en María, Cristo místicamente, por obra del Espíritu Santo, *toma carne* en el creyente cuando éste recibe el bautismo. El itinerario de santificación consiste en consentir que el Espíritu haga crecer a Cristo Jesús *encarnado* en toda la persona: el resultado será “el hombre nuevo”, el hombre que ya ha abandonado los parámetros de pensamiento, juicio y comportamiento meramente humanos y gradualmente consiente al Maestro divino “tomar forma” en él.

El progresivo crecimiento de la Persona de Jesús “encarnado” en un alma tiende a constituir un nuevo ser: disminuye la componente egoísta, aumenta la circulación de la linfa divina, la persona asume el pensar, querer y amar como Jesús. Maduran así los buenos frutos, cristianos, apostólicos.

Para el beato Alberione, como bien sabemos, el Jesús viviente en nosotros es el Maestro, el Maestro “perfecto”: Verdad, Camino, Vida.

I. En primer término, pues, el itinerario de conformación al Maestro Verdad.

Jesús se autoreveló como la Verdad: no *una* verdad, sino *la* verdad, la única, eterna, inmutable. Él vino para darnos a conocer “la verdad sobre la naturaleza del hombre y de su destino”: sólo Él, revelación del pensamiento del Padre, puede manifestarnos el destino estupendo que nos aguarda.

¿Qué aplicaciones se derivan para el creyente?

Estamos llamados a “seguir” a este Maestro: no basta *conocer* su enseñanza. El es, en efecto, Maestro “supremo”, y por tanto *único* entre el pulular de pseudo-maestros: su magisterio no es adoctrinamiento, no se limita a transmitir nociones sino que “educa”, hace crecer al discípulo; el suyo, en efecto, es “el mejor método educativo”.

Pero el don de Dios no se detiene aquí. Dado que “seguir” al Maestro entraña un esfuerzo superior a nuestras fuerzas, he aquí que, juntamente con el conocimiento, el Maestro dará a la vez “la gracia de hacer cuanto Él enseña”. Así pues, los pasos están claramente delineados: es indispensable *conocer* cuanto Jesús enseña; y luego “*hacer*” cuanto Él propone: a este respecto el Señor no deja de dar la ayuda de la *gracia*. No es difícil ver en esto a *todo* el Cristo Jesús: la Verdad que enseña; el Camino que lleva a “hacer”; la Vida que asegura la gracia.

Es de extraordinaria importancia la conclusión de nuestro Fundador: “*agradaremos al Padre por la vida de la mente*”. Es un subrayado típico del beato Alberione relevando aún la importancia que atribuye al rol de la mente. Según él, para agradecer al Padre celeste no basta un compromiso serio en la oración y una decidida entrega en el apostolado: es indispensable en primer lugar acrecentar *la vida* de la mente, con lecturas, reflexiones, profundizaciones que nos consientan adquirir la mentalidad misma de Jesús.

Tal conformación de la mente se alimenta mediante el dinamismo de la *Palabra de Dios*, conociéndola y asimilándola con la lectura “inteligente” (= *intus-légere*), adorante, contemplativa; y con la meditación diaria, vivida según el método paulino.

La persona está llamada a entrar y permanecer en la escuela de Jesús *Verdad*. El Maestro Verdad toca, ilumina, llena la *inteligencia*. Según el P. Alberione, el “primer obsequio” es abrir la mente a la escucha atenta y amorosa.

2. Llegados a este punto, resulta consecuente el paso de la mentalidad cristiana a la *vida* cristiana.

Se entra en la fase de conformación al Maestro Camino. La persona que quiere vivir-en-Jesús empieza a cumplir las mismas opciones de Jesús y a obrar justo como Él: será Jesús mismo quien lleve al creyente a buscar la voluntad divina en todas las cosas.

Ello requiere al paulino dilatar su tiempo en “contemplación” (tal es el término indicado por el Fundador) de Jesús en los diversos rasgos de su vida terrena: pesebre y primera infancia, vida privada, ingreso en la vida pública, vida pública. Frecuentando estos aspectos, cada cual capta en

qué Jesús va transformándose: en Jesús-pobre, en Jesús-manso, en Jesús-obediente, en Jesús que busca sólo la gloria del Padre, etc.

En esta fase es fundamental el cotidiano examen particular de conciencia durante la Visita, y acudir periódicamente al sacramento de la reconciliación.

3. Para que todo esto sea plena realidad en nosotros, desembocamos en la fase de la conformación al Maestro Vida. Jesús-Vida interpela y pulsa al paulino en su dimensión más preciosa: el *corazón*. Consecuencia: la *necesidad* de “*revestirnos*” de la gracia, santificante y actual.

Todo el movimiento se origina y desarrolla por el don de la *gracia*, que Cristo Jesús nos ha merecido con su pasión. Estamos en el ámbito claramente sacramental: en efecto, Jesús-Vida comunica la gracia “en el bautismo, nos la refuerza en la confirmación, nos la nutre en la Eucaristía, nos la repara en la confesión, nos la purifica en la extremaunción” (DF p. 55). El sacramento donde más vital y frecuentemente acaece nuestro encuentro con Jesús-Vida es la Eucaristía, hasta el punto que para el P. Alberione la expresión Jesús-vida es prácticamente sinónimo de Jesús-eucarístico, donde propiamente se vierte en el creyente el flujo de vitalidad destinado a crear la plena *conformación* con Él.

Por haber “nacido de la Eucaristía” la Familia Paulina ha recibido vida y consistencia junto al Sagrario, y su espiritualidad debe estar calificada por una oración *centrada en la Eucaristía*.

Esta espiritualidad eucarística bebe en dos fuentes fundamentales:

- La primera es la *celebración eucarística cotidiana*. Era una exhortación continua en el P. Alberione la instancia a la *centralidad* de la celebración eucarística y el apremio a que toda la jornada sea una *jornada eucarística*.
- La segunda es la *Visita eucarística*, entendida como Eucaristía adorada y como la diaria hora de *escuela* a los pies del divino Maestro. La Visita está considerada como “característica de la piedad paulina”, el lugar calificado del encuentro con Cristo: “Es un encuentro del alma y de todo nuestro ser con Jesús... Es el amigo que va al verdadero Amigo...”.

Por tanto, este es el binomio de segura eficacia espiritual-apostólica: *Eucaristía-Biblia*: “Eucaristía y Biblia –afirma el Fundador– forman el apóstol de la prensa. Estas dos cosas sean inseparables e inseparadas en vuestros corazones”.

¿Puede ser tildado de espiritualismo o intimismo este comprometido itinerario de conformación a Jesús Maestro? ¡De ningún modo!

El Jesús que vive en el paulino es el Apóstol del Padre, siempre en actividad evangelizadora: obra e insta al hombre a obrar no sólo *por* Él sino *en* Él. Más aún, en la óptica del P. Alberione, es el propio Jesús quien realiza el apostolado dentro de nosotros.

¡Nunca debe olvidarse que nuestra santificación es apostólica! Nace y se nutre en la oración (en todas sus manifestaciones), pero se manifiesta, se desarrolla y crece en la actividad apostólica. Es en fuerza de esto por lo que nuestro Fundador puede impulsarnos a desear que las horas de apostolado –o sea “nuestro vario y diario fatigarse”– pasen a ser nada menos que “obsequio de adoración”. E igualmente, con tal condición, él llega a “percibir” nuestras obras como “obras divinas”.